



PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid..... 4 rs. al mes.
 En provincias.... 5 id.
 En el extranjero y
 Ultramar..... 6 id.

Número suelto **Un real.**

DIRECTOR PROPIETARIO

TOMAS DE ASEÑSI.

SE PUBLICA LOS DIAS 7, 15, 23 Y 30.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

MADERA BAJA, NÚM. 5 Y 7, TERCERO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion del periódico y en las principales librerías de España.

Anuncios á precios convencionales.

ESPÍRITU DE LA CIENCIA.

(Conclusion.)

Llegamos á la astronomía, no porque esta ciencia haya sido posterior á otras de que nos hemos ocupado, sino por el orden que hemos adoptado. Por lo demás se comprende que la astronomía teniendo por objeto el estudio del firmamento, debia ser uno de los primeros ramos á que la inteligencia humana, llevada de su admiracion, habia de dirigir toda su actividad. Así es como los chinos ya 2.000 años antes de Jesucristo tenian nociones de ella; y en siglos muy remotos, los caldeos y egipcios, lo mismo que los indos, la cultivaban tambien. Perdidas estas primeras nociones entre el olvido y las convulsiones de los tiempos, es preciso recurrir á Grecia para poder seguir la marcha de este ramo de la ciencia, quizás el más digno de estudio del hombre. Consta que los griegos imaginaron las constelaciones, lo cual demuestra su deseo de introducir el método en el estudio de los astros. Lo que no se sabe es la época en que dieron nombre á las doce constelaciones del zodiaco, pero ellos prueban que no les era ya del todo descono-

cido el movimiento ánuo de la tierra (del sol para los primeros hombres que se dejaron seducir por las apariencias), lo que supone otras nociones en que se completa. Es á Tales de Mileto, año 640 antes de nuestra era, á quien se debe la determinacion de la oblicuidad de la eclíptica y la esplicacion y prediccion de los eclipses de sol y luna, por más que probablemente debiese estos conocimientos á los sacerdotes de Egipto. Su discípulo Pitágoras, célebre ya por sus trabajos en las ciencias exactas, enseñaba en la escuela que habia fundado, el doble movimiento de rotacion y traslacion de la tierra. Poco despues sus discípulos, entre otros Philolao, conocian el movimiento de los cometas alrededor del sol, y tenian idea del *gnomon*, con cuyo auxilio hicieron varias observaciones que, combinadas con las muy anteriores de los chinos dieron á conocer más tarde la lenta disminucion de la oblicuidad de la eclíptica. A estos se siguieron otros adelantos bastante notables, atendidos los pocos recursos y escasos medios de que disponian los antiguos. Aristarco de Samos, 300 años antes de Jesucristo, se ocupó ya en determinar la relacion de las distancias del sol y de la luna; Eratóstenes, ensayó la medida de la tierra; Hiparco, uno de los geómetras á quien debe más la astronomía en su

infancia, determinó la precesion de los equinocios y las desigualdades aparentes de las órbitas del sol y de la luna; Sosígenes, 130 años después de Jesucristo, vino de Alejandría y desplegó extensos conocimientos en la reforma del calendario romano; Tolomeo, por último, en su apreciable *Almageste* propuso ya un sistema completo de astronomía, fijando la tierra como centro y girando en su torno todos los demás astros, en rotación cada 24 horas y en traslación conforme á la extensión de sus órbitas epicicloides, en tiempos iguales, y en espacios proporcionales á sus revoluciones aparentes. Este sistema, que prevaleció por mil cuatrocientos años, está hoy desechado, pero no por eso dejará de mirarse jamás como una obra maestra el *Almageste* de Tolomeo. A estas brillantes elucubraciones, siguióse por espacio de algunos siglos un lamentable abandono en la astronomía por parte de la escuela de Alejandría, y solamente los árabes hicieron algunos progresos, consiguiendo establecer la *variación lunar*, de que se ocupó luego Tycho Brahe, razón por la cual le consideran algunos como su autor. Acercábase, no obstante, la edad de oro de la astronomía, pues Copérnico, nacido en 1473, abismándose en el estudio del Cosmos, preparaba su excelente libro *De revolutionibus orbium caelestium*, en que se encierra la exposición completa de un verdadero sistema. No tuvo tiempo á llevar más lejos sus trabajos, por haber muerto casi de repente á los 71 años de edad; pero todavía un siglo no trascurriera cuando apareció Galileo, ardiente partidario del sistema copernicano. Grandes fueron las amarguras que tuvo que sufrir en su defensa, pues perseguido por el tribunal de la inquisición en Italia, su patria, que veía en el nuevo sistema la contradicción de algunos pasajes de la Biblia, en donde se consigna el movimiento del sol y no de la tierra, fué encarcelado y cohibido hasta el punto de verse en la necesidad de reconocer como erróneas sus doctrinas y tener que abjurarlas públicamente, mientras que su conciencia sublevada contra tal brutal coacción, le hacía exclamar á través de las rejas de su calabozo, en medio de sus sinsabores y á impulso de la convicción: *é pur si muore* noble protesta de la luz contra las tinieblas. No se limitó el ilustre catedrático de Pisa á defender el sistema copernicano, sino que además prestó otros eminentes servicios á la ciencia. Por medio de un pequeño telescopio que logró construir apenas inventado este instrumento, descubrió los satélites de Júpiter, las fajas del mismo planeta, las manchas del sol y las fases de la Venus. ¡Cuán grande debió ser su alegría al pasear su curiosa mirada por los secretos del universo y visitar sensiblemente los cuerpos celestes! También por aquel tiempo immortalizaba su nombre el noruego Tycho Brahe, que murió en la ciudad de Praga en 1601 dejando á la posteridad sus vastos conocimientos y excelentes observaciones, si bien se empañó algo su gloria por el poco juicio que demostró en la teoría de su sistema planetario, el cual, tratando en vano de conciliar las ideas de Tolomeo y Copérnico sobre este punto, fija la tierra como centro y el sol con los demás astros girando á su alrededor. Su contemporáneo Kepler, na-

cido en el ducado de Wurtemberg en 1571, dejó un nombre imperecedero en el enunciado de las tres leyes que presiden el movimiento de los planetas por sus órbitas, á saber: 1.^a Las órbitas de los planetas son planas y el radio que del centro del sol va al centro del planeta describe áreas proporcionales al tiempo. 2.^a Las órbitas de los planetas son elipses, uno de cuyos focos ocupa el sol. 3.^a Los cuadrados de los tiempos de las revoluciones son proporcionales á los cubos de los ejes mayores de las elipses descritas por los planetas. Estas leyes levantan un monumento eterno á la memoria de Copérnico, elocuente protesta contra la indigencia de susingratos contemporáneos, que le dejaron vivir y morir en la indigencia. Vienen detrás, por orden cronológico, Huygens, que explicó las fases del anillo de Saturno, descubrió uno de sus satélites y dotó la ciencia de otras sabias investigaciones, y Newton que, con su completa teoría de la atracción universal, dió en 1687 la clave para los futuros adelantos. A partir de su época, los descubrimientos se suceden sin interrupción, y en ellos hallan su inmortalidad Picard, Cassini, Lacaille, La Condamine, Bouguer, d'Alembert, Lalande, Flamsted, Herschel, Halley, Encke, Mayer, Olbers, Piazzi, Vieta, Laplace, Lagrange, Arago y toda esa gloriosa pléyade de astrónomos ilustres que han elevado á más de 60 el número de los planetas, reducidos á siete en los tiempos antiguos, y á 200 el de los cometas, cuyas órbitas se habían sustraído á la verdadera observación en los primeros siglos de la ciencia.

Llegamos ya á la *física*, creada en tiempos muy recientes sobre escasos conocimientos legados por la antigüedad. Claro es que, ignorando esta las leyes generales de la atracción, las de la presión atmosférica y los principios concernientes al movimiento de los líquidos, sus pasos tenían naturalmente que resentirse de lentitud é inseguridad. Pitágoras se distinguió por su especial conocimiento de la teoría del sonido, habiendo llegado á determinar los principales intervalos musicales. Arquímedes, feliz en este ramo como en todos los demás de la ciencia, encontró el famoso principio que lleva su nombre, en el cual están implícitamente encerradas las condiciones de equilibrio de los sólidos sumergidos en los líquidos, ó sea la teoría de los cuerpos flotantes. Asegúrase que tuvo su primera idea hallándose en el baño, y que fué tal su entusiasmo que se lanzó fuera de él y empezó á correr por las calles de Siracusa gritando: «ya lo encontré, ya lo encontré,» con lo cual quería significar que había resuelto el problema propuesto por el rey, encargándole de averiguar si una corona que había encargado para ofrecer á Júpiter era toda de oro. El mismo Arquímedes poseía también conocimientos de óptica, sobre todo acerca de la teoría de los focos virtuales y reales, como lo prueba la combinación de los espejos ustorios con que incendió las naves romanas. Tras de Arquímedes aparecen sus discípulos Ctesilio y Heron que, ensayando la teoría de su maestro construyeron muchos é ingeniosos aparatos, fundados en la presión del aire y del agua. Estas nociones se generalizaron y desarroyaron entre los romanos, que sino llegaron á poseer los principios fundamenta-

les de la hidrodinámica, los aplicaron, no obstante, por un hábil empirismo, de lo cual ofrece un testimonio fehaciente su manera de conducir las aguas á las ciudades para el abastecimiento público y la perfección con que construían sus clepsidras ó relojes de agua. De este modo permaneció la física en una larga infancia hasta el siglo XVI en que parece haber vuelto á recobrar la vida después de tan prolongado paroxismo. Empezando por Galileo, que se ocupó con especialidad de las leyes, del movimiento del péndulo y de las propiedades de las lentes y espejos, y siguiéndole su discípulo Torricelli, que con la invención del barómetro borró de un golpe el falso principio *del horror de la naturaleza al vacío*, vienen luego mil nombres ilustres á las páginas de la historia de la física, por sus brillantes resultados en el estudio del movimiento de los fluidos, de la acústica, del calórico, de la luz, del magnetismo, de la electricidad y de todas esas grandiosas aplicaciones que nuestros tiempos realizan. En la imposibilidad de rendir aquí á todos el humilde tributo del recuerdo, lo cual llenaría algunas páginas, nos contentaremos con citar á Descartes, Pascal, Otto de Guericke, Boyle, Huygens, Newton, Franklin, Galvani, Bernoulli, Volta, Coulomb, Mariotte, Laplace, Lagrange, Fourier, Poisson, Wat y Faraday.

Ligada en muchos puntos con la física aparece la química como ciencia hacia el siglo VIII de la era cristiana, pues hasta entonces apenas pasó de aplicaciones puramente tecnológicas de dudoso resultado. Geber, que fundó una escuela de química entre los árabes, debe pasar más bien por alquimista, ocupado en buscar la *pedra filosofal* y el *elixir* para prolongar la vida, igualmente que otros muchos después de él. Claro es que en estas investigaciones debían alcanzarse algunos resultados, y en tal estado las cosas, pasaron de los árabes á Europa por aquellos años los conocimientos de entonces á favor de Rhazes, Avicenne, Averroes y otros. Bacon fué en Occidente el primero que escribió sobre química en este tiempo, encontrándose en sus obras muchos procedimientos, entre ellos el que trata de la confección de la pólvora, que el monge inglés describe con tanta confusión é hipérbole. Asoman tras él Alberto de Bollstard, por otro nombre Alberto el Grande, Arnould, su discípulo el español Raimundo Lulle, Paracelso y el doctor Price, que consiguió transformar aparentemente el mercurio en oro y plata, valiéndose de polvos rojos y blancos, si bien descubrió pronto su fraude, lo que fué causa de que se suicidase. Vienen después Van Helmont, Glauber, Cassius, Palissy, Rey Lefevre, profesor de química en Francia en el reinado de Luis XIV, Grazer, Lemery y el célebre Stahl, autor de la *phlogística*, teoría errónea, pero que contribuyó eficazmente al adelanto de la ciencia. En 1770, el ilustre químico Lavoisier dió tal impulso á esta ciencia, que no es mucho si decimos que con él empieza el renacimiento de la química, libre ya de todas las monstruosidades de la alquimia. Debemos á tan célebre sabio el estudio y aplicaciones del oxígeno, descubierto por Priestley, y la admirable nomenclatura que redujo los procedimientos y nociones sueltas á un sistema. Bri-

llaron después, en pos de sus huellas Morveau, Geoffroy, Berthollet, Dalton, Davy y Faraday, á cuyos trabajos hay que atribuir el sistema atómico, el conocimiento de gran número de cuerpos simples, tales como el potasio y el sodio, y la aplicación de la pila voltaica, al análisis de los compuestos. Sin embargo, á últimos del siglo pasado, y más todavía en lo que va del presente, la química alcanzó un alto grado de desarrollo, pues desde 1777, en que floreció Wenzel y 1792 en que figura Reichter, químicos alemanes, y Berzelius, de Suecia, hasta hoy los descubrimientos y adelantos han venido sucediéndose sin interrupción, en términos que el dominio de la química es en el día uno de los más vastos, sin que se haya dado, no obstante, el último paso.

Y aquí terminamos nuestras consideraciones sobre el espíritu de la ciencia, no porque creamos haberla dado á conocer ya lo bastante para inspirar el sentimiento de su utilidad, sino por la convicción que tenemos de que esto sería una tarea larguísima, muy superior á nuestra fuerzas. Además, no siendo hoy nuestro objeto escribir un libro sobre este importante tema, nos ha sido imposible encerrarnos en muy estrechos límites, y esto explica por qué no hemos tratado de ramos tan importantes como la *geodesia*, *gnomonía*, *geología* y *mineralogía*, que en la actualidad tienen tantos puntos de contacto con las ciencias exactas como la química si no más.

GENARO SUAREZ.

UN DIA FELIZ.

Sus formas, las de la Venus de Milo, esbelta como una ondina, provocativa como una bacante, típica como ella sola: hé aquí mi primer amor.

La ví en un baile, estreché su cintura, me embriagué en su aliento y sucumbí.

Me fascinó como la boa al inesperto pajarillo.

Veinticinco veces habían jugueteado con sus bucles de azabache las sutiles auras de mayo, mientras yo veía por la décima sexta vez el grandioso espectáculo de la primavera.

Ella tenía educado su corazón en los rudos combates de las pasiones; el mío empezaba á latir inconscientemente.

Ella era un volcán; yo una mina pronta á inflamarse.

Elvira fué la primera chispa como hubiera podido serlo otra cualquiera.

Me hallaba en esa edad en que el niño pasa á ser hombre; en que las pasiones más encontradas se disputan nuestro corazón: ¡interesante crisis que decide del resto de nuestra existencia! Todo en ella es natural y espontáneo; el sentimiento brota á raudales de nuestra alma sin que la razón pueda modificar ni dirigir aquel torrente de ternura. Se expresa mal, pero ¡qué sublime es la concepción de la ideal! No se dice «te amo» pero esa misma confusión del alma que por primera vez se

agita es mucho más elocuente que todos los ampulosos discursos que ha *elaborado* la retórica, el rayo fugaz que logra sorprender los párpados con que vela sus ojos la inocencia, es más enérgico que todas esas *descargas á quema-ropa* que lanza la coquetería.

¡Dichosa edad, pero cuán cara cuestas! Cada gota de placer que te finge tu soñadora imaginación se trueca al mismo tiempo en un océano de amargura.

Yo también, á través de los rosados crespones de mi fantasía, soñé un cielo sin nubes, un mundo sin horizontes, y en aquel mundo ideal me lancé, aguijoneado por el deseo que infunde lo desconocido, alentado por la temeridad, patrimonio de la inesperienza. Ví en Elvira la encantadora Eva de este mi soñado paraíso, y mi único anhelo fué obtener un amor que tanta ventura me prometía.

Mil veces tuve ocasión de revelar mi pensamientos, pero otras tantas me abandonaba el valor y mis más enérgicas decisiones no podían resistir el límpido fulgor de sus pupilas. Por otra parte ¿qué había de decirle? ¿podía yo mismo darme cuenta de lo que sentía?

Sin embargo, pasó un mes y otro mes y nuestros corazones llegaron á comprenderse. Dulces horas transcurrieron de estática contemplación en que nuestras almas se miraban á través del diáfano cristal de nuestros ojos, cambiando entre sí las protestas más apasionadas sin que un acento viniese á interrumpir aquel diálogo psicológico.

No parece sino que temíamos profanar con el labio la pureza de los sentimientos que encerrábamos en el santuario de nuestros corazones.

El verdadero amor es tímido, se recata hasta de sí mismo; pero llega un momento en que rompe gigante los diques que la exagerada reserva le impusiera y entonces no es el tierno é irresoluto infante que contempla deseoso un juguete cuya posesión ni se atreve á soñar, sino el denodado adulto que exige con potente voz lo que sus incuestionables derechos le conceden; no es la blanda y juguetona brisa que murmura en torno de la perfumada flor; es el ráudo aquilón que la arrebató en sus brazos.

El platonismo es la cuna del amor, pero la cuna es solo propia de la infancia.

El arbustillo que apenas eleva su temprano tallo, oculta sus delicadas raicillas en la muelle superficie de la cavada tierra; mas cuando llega á extender sus retorcidos brazos, escalando soberbio el firmamento, desparrama la endurecida raíz por entre los áridos peñascos yendo á beber su sávia en la profundidad de los abismos.

De igual manera mi amor robustecido en el silencio, no era ya una efímera simpatía, era el paroxismo de la pasión. Sabía que Elvira me amaba, pero yo quería embriagarme oyéndolo de sus labios; yo anhelaba mostrarle la inmensidad de mi cariño y poner á sus pies un alma que ya no me pertenecía.

En vano probé mil medios para conseguirlo. La madre, á quien no se había ocultado nuestro amor, considerándome quizás *un partido poco aceptable*, ejercía sobre Elvira la más esquisita vigilancia.

Muchas veces, desesperado ante la inutilidad de mis esfuerzos, sentía hervir en mi pecho la rabia de la impotencia, hasta que los ojos, esas válvulas del corazón, desahogaban en raudales de llanto el exceso de mi amargura.

Un mes pasó sin que la fortuna me favoreciera, otro más y no sé lo que hubiera sido de mí.

Pero el destino no lo quiso así. Un día fuí invitado á una gira campestre á la que había de concurrir Elvira.

Mi alegría no reconoció límites.

¿Sabeis lo que es una gira en el florido mes de abril, en la pintoresca sierra de Andalucía y al lado de la mujer á quien se adora?

Es preciso ser andaluz y amar como yo amaba para comprenderlo.

Iba á verla bajo la frondosa sombra de los naranjos y limoneros que embalsaman el aire, cargados del aromoso azahar que brilla como estrellas de plata sobre esmaltado cielo de esmeraldas; iba á escuchar su voz coreada por los pardos ruiseñores; iba á contemplarla destacarse en la soledad de entre las galas de la primavera como única reina de la naturaleza.

Lleno de inquietud contaba las horas que faltaban pareciéndome siglos sus instantes; mas como todo tiene fin en este mundo, lo tuvo también mi ansiedad.

Serian escasamente las cuatro de la madrugada cuando ya ginete sobre un potro cordobés, devoraba el espacio que me separaba de la quinta, en la que desde el día anterior se hallaban todos mis compañeros de expedición.

Parecía que Dios se había escedido á sí mismo visitando aquellos campos con las galas de su omnipotencia.

Empezaba á amanecer.

El sol brillaba sin fulgores tras las enhiestas cimas de Sierra Morena, templando con sus purpúreas medias tintas el verde oscuro de los valles. Las flores abrían el recóndito alcázar de sus perfumes, sacudiendo su líquido joyel sobre el arroyuelo, y las pintadas aves se esforzaban en vano en hacer la epopeya de la felicidad que me aguardaba.

Yo, sin embargo, ageno á tanta belleza, corría más y más ansioso llegar cuanto antes al anhelado término. Creía que el caballo galopaba con extraordinaria lentitud, y el infeliz ostentaba en sus desgarrados hijares las huellas de mi impaciencia.

Por fin, al cabo de una hora, conseguí echar pié á tierra en la pintoresca casería. Sencilla y elegante destacábase entre los frondosos bosques de naranjos como la esbelta gaviota sobre las turbias y encrespadas olas de los mares. Multitud de cipreses artísticamente recortados servían de caprichoso marco á los prados de rosas y azucenas que orlaban su entrada, sobre la que una parra extendía su protectora sombra, tapizando de trémulos y ricos pámpanos la bóveda de follaje. Los nacientes rayos del sol lograban apenas atravesar la espesura descompuestos en vistosos cambiantes que teñían de púrpura y oro los élitros de mil versátiles mariposas.

Bello era el cuadro, pero más bello aún se recostaba

sobre su fondo el gracioso perfil de Elvira. Al verme, corrió hacia mí rodeada de sus bellísimas compañeras, y por algunos momentos fuí objeto de una verdadera ovación.

Después que se hubo apaciguado el tumulto que produjo mi repentina aparición, se fué disolviendo el grupo que me rodeaba en otros más pequeños que se perdieron por diferentes avenidas.

Elvira se hallaba frente á mí, di un paso para acercarme á ella, pero al encontrarme con su mirada, me quedé inmóvil fingiendo examinar las oscilantes flores de las enredaderas para ocultar mi emoción. En tanto, otro más dichoso ó ménos tímido, le ofreció el brazo y en sabrosa plática desaparecieron por uno de los muchos paseos que se cruzaban ante la casa.

¡No sé lo que pasó por mí!

Un vértigo fatal oscureció mi razón al verlos marchar apoyados negligentemente uno en otro, confundiendo sus miradas, cambiando sus sonrisas, respirando un mismo húmedo aliento. Arrastrado por el vendaval de la ira en aquel momento, hubiera querido ser un Dios para aplastar la creación entera bajo el peso de mi enojo; mas ¡ay! era una misera criatura que tenía que resignarme á ocultar en el fondo de mi alma toda la inmensidad de mi despecho, máxime cuando mi excesiva timidez había tenido la culpa.

Al perderlos de vista entre la exhuberante vegetación, mi corazón se estremeció en mi pecho desgarrado por el dolor, y una lágrima abrasó mis ojos, lágrima de fuego como la que debió verter Luzbel al ser arrojado del empíreo.

¡Tenía celos!

No había sentido jamás su venenoso aguijón, y el tiempo, ese cruel maestro que nada respeta, acababa de hacérmelo conocer el mismo día que pensaba gozar tanta felicidad.

¡Siempre contrastes!

—¿Se ha divertido usted mucho? me preguntó Elvira al regresar.

—¡Muchísimo! Estos sitios me encantan, contesté de la manera más expansiva que puede concebirse.

Era la primera vez que mentía. La sonrisa con que acompañé mis palabras, me había costado un pedazo de mi alma, pero ¿qué importaba si se habían guardado las fórmulas sociales?

El resto del día se pasó en pueriles juegos de los que me aproveché para acercarme á Elvira, cuyas tiernas atenciones compensaron en parte mis sufrimientos.

Al sentir su mano estrechar la mía cuando el azar del juego lo disculpaba, al verme único objeto de su cariñosa solicitud, libaba un placer desconocido que no volví á saborear. Aquella atracción irresistible que sobre mí ejercía aquella ciega y dichosa confianza basada sobre objeto tan deleznable como el amor de una mujer, desapareció para siempre.

¡Si con toda mi sangre pudiera comprar uno de aquellos supremos instantes!

Llegó la tarde y otra vez se propusieron caprichosas

escursiones que fueron aprobadas por unanimidad.

Todos se apresuraron á ofrecer el brazo á la que más le agradaba, mientras yo, á pesar de la dura lección que había recibido hacía pocas horas, permanecía irresoluto sin atreverme á aproximarme á Elvira, la que llena de sorpresa no pudo reprimir un gesto de disgusto al ver dirigirse á ella su matutino acompañante. Apenas lo advertí me precipité hacia mi amada, y no sé lo que diría de mi arrebató, pero al mirarla sonreía lánguidamente apoyada en mi brazo, realzando en tan voluptuoso abandono la natural gentileza de sus formas.

Estábamos solos y discurriamos á la ventura por una calle de rosales que alfombraban el pavimento con sus pétalos perfumados. Quería hablar y la emoción embargaba mi voz; la miraba, y al tropezar el ardiente rayo de aquellas ojos africanos, bajaba los míos como la más tímida doncella; sentía estrellarse contra mi brazo los tumultuosos latidos de su corazón, sin que mis labios articularan una frase... ¡Cuánto le hubiera dicho si hubiese sentido menos!

A poco llegamos á un pintoresco valle, y atraídos por la amenidad del paisaje nos sentamos sobre la esmaltada alfombra.

El sol desaparecía entre celajes de oro, bañando con su pálido reflejo las elevadas copas de los árboles.

Presos de esa dulce melancolía que solo inspira la tarde, mirábamos á nuestros pies el cristalino arroyuelo que se deslizaba murmurando envidioso de nuestra dicha. De vez en cuando los flotantes rizos de Elvira acariciaban mi rostro, mecidos por el suave cefirillo que arrastraba el postrer aroma de los prados. Nuestras manos se habían enlazado sin que tomara en ello parte nuestra voluntad; y mudos y absortos en la inmensidad de nuestra pasión, se nos hubiera creído estatuas sin el poderoso gemir de nuestro enamorado pecho.

Eternamente hubiera permanecido de este modo si la simpática voz de Elvira no me hubiese sacado de mi arrobamiento.

—¿Me amas mucho?

—¡Y tú me lo preguntas! gemí más bien que articulé, mientras que un poderoso estremecimiento agitaba todo mi ser.

—¿Que si te amo? continué con voz insegura. ¿No te lo dice mi mano que se agita convulsa entre las tuyas? ¿No te lo revela el incesante latir de mi corazón? ¿No te lo manifiestan mis encendidos ojos en que toda mi alma se reconcentra á adorarte?

Nuestras cabezas se habían ido aproximando; nuestros alientos se confundían en un océano de fuego y al encontrarse nuestras hambrientas miradas, un beso candente, húmedo, infernal, abrasó nuestras almas fundiéndolas en una sola.

Pasado aquel vértigo, admirados de la oscuridad que nos envolvía, dirigimos la vista al firmamento y lo contemplamos cubierto ya por el negro manto de la noche; atemorizados la volvimos hacia nosotros mismos, y sobre la antes cándida superficie de nuestra

alma proyectaba su manchada sombra el estigma indeleble de la primera falta...

Hé aquí el día más feliz de mi vida y también el más desgraciado de mi existencia.

Bien dijo el poeta:

Para vivir en este mundo en calma
ó sobra la materia ó sobra el alma.

RAMON CONTRERAS Y BYRIZ.

LA CITA.

I.

Vientecillo, vientecillo
que vas murmurando quejas
y hace sonreír al agua
con las cosas que le cuentas,
Tú que entre las flores bulles
como Perico entre ellas
y á esta quiero á esta no quiero,
todas las tienes revueltas.
Tú que por ligero pasas
y de bullicioso pecas,
y á los árboles más graves
haces doblar la cabeza.
Tú que duermes en las ramas
sobre las hojas más frescas,
y se mecen y te arrullan
para que mejor te duermas.
Tú, dulce *corre vé y dile*
que en todas partes te encuentras,
suspiro de estos contornos,
aliento de estas riberas.
Si de galán haces gala,
si ser activo te alegra,
si por discreto te estimas
y de servicial te precias;
toma estas cuatro palabras
que están saltando en mi lengua,
llévalas donde tú sabes,
pero ¡ay! que no se te pierdan.

II.

No partas tan pronto, escucha;
dile... que tengo tristeza,
que me has visto... (aquí tú añades
lo que calla mi modestia)
y como que es cosa tuya
y sin que nadie lo entienda
dile que estoy sola, y dile
con mucha maña que venga.
Si á tus palabras ingrato
dar crédito no quisiera,
este suspiro y un beso
quiero que lleves en prenda.
El los tomará por míos
al momento que los vea.
Y dáselos si los pide;
yo haré que me los devuelva.
Ya sabes lo que yo quiero,

ahora, vientecillo, vuela,
y porque más pronto llegues
ahí va toda mi impaciencia.
Aquí me quedo esperando,
¡ay si llevarme pudieras!
Vé... díselo todo... escucha
si él no viniere... que vuelvas.

JOSÉ SELGAS.

MAÑANA TARDE.

Cuando cierren mis párpados tus dedos
y empiece de mi vida el despertar,
á calmar de la tuya los afanes
mi espíritu vendrá.

Volteando, cual leve torbellino,
de esos mundos ignotos bajaré,
y uno tras otro evocaré en tu mente
los recuerdos de ayer.

Y en esa forma misteriosa y vaga
me llegaré en tus labios á posar,
y el eco de un amor... puro, sin nombre,
en tu alma vibrará.

De tu cerebro entrándome en el fondo,
te haré pensar... ¡no sé!... ¡quizás en mí!
¡Quién sabe si en mi amor seré egoísta
aun después de morir!

Estas sombras que hoy vagan entre brumas,
perdidas de mi mente en el rincón,
y que en vano pretendo ante tus ojos
darles forma y color.

Entonces, siendo yo tu pensamiento,
como las siento yo las sentirás,
y explicarte, tal vez, lo que ahora ignoro
mi espíritu podrá.

¡Ya verás! ¡Ya verás! Tu fantasía,
al soplo de la mía, abrasador,
verá cruzar fantasmas indecisos,
séres de otra región.

Libros de indescifrables caracteres,
láminas sin contornos, donde están
las historias de amores, que el deseo
soñando hizo grabar.

Trajes, joyas, galanes, ricas damas,
hermosas, tan hermosas como tú,
sus semblantes bañados de la luna
por la indecisa luz...

¡Ya verás lo que digo cuando callo
siempre que me interroga tu mirar!...
¡Ya verás lo que sueño en este sueño!...
¡Ya verás! ¡Ya verás!...

J. GILES RUBIO.

Madrid 2 Abril 1874.

LO QUE SON LOS VIVOS.

Yo estaba atacado de una violenta enfermedad, la ciencia no alcanzaba mi curacion y los discípulos de Esculapio solo me recetaban algunas medicinas que tenían la poderosa accion de la *flor de malva*.

Me hallaba verdaderamente enfermo. Los médicos, desde el instante en que comprenden la inutilidad de sus esfuerzos científicos, nos visitan por aumentar su riqueza y nos mandan medicamentos tan enérgicos como el citado.

Una calentura lenta me consumía, mi existencia se iba extinguiendo como una luz que se apaga, pero no habia perdido la razon, antes bien me hallaba dotado de más lucidez que nunca.

Una mañana me administraron los últimos sacramentos, hallándome en el perfecto conocimiento de mi estado, y no me impuso aquel acto solemne, creo que no me hubiera conmovido á no ver la tristeza que se pintaba en el rostro de mi tío Pancracio que me adoraba y en cuya compañía habia pasado casi todos los años de mi existencia.

El sacerdote comenzó á pintarme con tan brillantes colores la diferencia que existe entre la vida terrestre con la del cielo, y habia tanta elocuencia y sublimidad en sus conceptos que deseé la muerte.

Al siguiente día tomó la enfermedad mayores proporciones, despues sentí cierta vaguedad en las ideas, mis palabras eran incoherentes, respondia sin saber lo que me preguntaban, me consumian los latidos de la fiebre y un estrecho nudo oprimia mi garganta haciendo casi imposible la respiracion.

Mis primas y mi tia lloraban desconsoladamente, mi tío Pancracio me contemplaba y parecia hallarse poseido del más profundo dolor.

¡Oh! ¡Cuanto adoraba aquellos séres que derramaban como tributo de su pesar un torrente de lágrimas! Quise darles un adios postrero, hice un esfuerzo y conseguí incorporarme en el lecho, pero enseguida cayó de nuevo mi cabeza sobre la almohada.

Entonces me pareció que me libraba de un gran peso, experimenté una sensacion estraña como si oprimido, sintiéndome ahogar, me encontrara de repente libre de la causa atormentadora que lo producía y que me hallaba suspendido en los espacios.

¡Habia muerto!

Habia muerto, pero no estaba completamente libre. Existia algo que me sujetaba á la tierra impidiéndome partir. Mis sentidos, no comparados á los sentidos humanos, tenían una percepcion extraordinaria que difícilmente acertarán á comprender los mortales. Yo poseia la facultad de descubrir los más recónditos pensamientos de los hombres, y ví á mis tíos y a mis primas.

Los primeros marchaban á otra habitacion y hablaban de depositarme en una parroquia; las segundas trataban del vestido de luto que tendrían que hacerse.

—Tenemos vestidos negros del luto de... decia una.

—Sí, hija, contestaba la otra, pero ya no están de moda.

Al escuchar esto, sufrí una horrible decepcion, mi espíritu sufría y en vano pugnaba por romper los lazos terrestres.

Quise no escuchar á aquellas fútiles mujeres que me olvidaban por sus modas, y fijé la atencion en mi tío Pancracio que estaba hablando con un criado.

Escuché:

—Traelo barato pero con muchos relumbrones, decia, hay que salvar las apariencias.

Se trataba de mi ataúd.

Me sorprendió que hablasen de mí con tanta indiferencia, y á no ser un espíritu hubiera derramado amargas lágrimas, bendecí á Dios que me llamaba á su lado y me separaba de aquella vida en que era mentira hasta el amor que yo habia creído siempre más desinteresado, el de la familia.

Mi cuerpo fué conducido á la parroquia por cuatro hombres groseros y estúpidos, y un criado de mi casa se encargó de velarme.

Se habia portado muy bien durante mi enfermedad, tal vez me sentia más que mis parientes, para lo que no se necesitaba mucho.

He olvidado decir que al pasar junto á la habitacion de mi primo escuché que decia:

—Poner que *se suplica el coche*, no estamos para gastar mucho.

Y era que estaban haciendo el borrador de las papeletas de defuncion.

Mi cuerpo llegó á la parroquia y le seguí.

El doméstico á quien habia dejado una manda como recompensa de sus servicios, me amortajó con muy poco interés; habia sido adulador con mi persona, pero no necesitaba considerarme despues de muerto.

—¡Lástima de frac! exclamaba mirando el rico paño que me servía de mortaja, y despues de todo no le faltaba razon, pues siempre he considerado un desatino entregarle á la tierra prendas que pudieran beneficiar á un pobre.

Luego me colocaron en una caja, encendieron cuatro hachones y el buen sirviente se quedó dormido. No sonaba con mi persona, soñaba con la manda que en mi estupidez le habia legado.

Llegó el día siguiente, y una coleccion de amigos míos entraron en el depósito.

Iban á enterrar mis pobres despojos.

Yo leía en sus corazones y ví pintados en todos ellos el desagrado por tener que rendir aquei postrer tributo á la amistad.

Al fin me sacaron á hombros y me colocaron sobre el carro fúnebre.

Este marchaba muy despacio, mi espíritu se hallaba más sereno á medida que el fúnebre cortejo se aproximaba á la última morada. Mi cuerpo iba á descansar y mi espíritu á separarse por completo de su carnal envoltura.

—El demonio del muerto nos va á ocasionar una pulmonía, exclamaba un atildado jóven que habia sido un parásito de mi bolsillo.

Y escuchando este y otros muchos elogios, rezaron unas oraciones y pagaron al cura que me administró el día anterior los santos óleos.

Después suspendieron la caja y la encerraron en el nicho.

Mi espíritu, al ver tantas miserias, hizo un esfuerzo y consiguió desprenderse de su cárcel por completo.

Pero antes de alejarme para siempre, quise ver de nuevo á los que en vida terrestre se llamaban parientes míos.

Estaban tomando chocolate, y al parecer con más apetito que nunca. Al propio tiempo llegó hasta mí la desentonada voz de la fregona que cantaba la siguiente letrilla:

*Cuando muere un fraile
dicen los demás,
un demonio ménos
y una ración más.*

Aquella era la única plegaria que dirigían á Dios en mi obsequio.

De pronto sonó un campanillazo y entró en la casa uno de los jóvenes que habían acompañado mis restos á la mansion del olvido.

—¿Qué tal ha estado el entierro? le preguntó mi tío Pancracio, en tanto que procuraba dar á su rostro una expresión compungida.

Y luego continuó, limpiándose la boca con la servilleta.

—Estoy comiendo *por reflexion*, pues el digno sacerdote que nos ha acompañado en estos momentos, me asegura que si no recupero mis fuerzas cometeré una especie de suicidio.

—Es una verdad, D. Pancracio: pues han asistido al entierro el conde de G. y el marqués de H.

Al escuchar esto brilló en los labios de mi tío una sonrisa vanidosa. No obstante procuró ocultarla llevándose el pañuelo á los ojos como si llorase.

Entonces, viendo que todo era mentira, me lancé á las regiones de lo infinito y...

—Verdaderamente es un asunto extraño para un artículo.

—Por eso he querido escribirlo, seguro de que mis lectores dirán: las ideas que encierra son amargas, pero desgraciadamente son muy verdaderas.

TOMÁS DE ASENSI.

Á MEDIA NOCHE

SONETO.

¡Grato silencio los espacios llena!
¡Oh noche! Al contemplarte tan tranquila
sus lágrimas enjuga la pupila
y esconde el corazón su amarga pena.
¡Qué amable soledad! ¡Oh! ¡Cuán serena
la blanca luna en su región oscila!
¡Cómo al verla el espíritu vacila!
¡Cómo el alma al mirarla se enajena!
Pero ¿qué voz, me saca, que condeno
de aquesta situación arrobadora?

¿Qué grito es ese de misterio lleno?
¿Acaso es ilusión engañadora?
¡Oh! no; le escucho bien, es... el sereno
que está cantando impávido la hora.

ALFREDO MARZO.

ESPECTÁCULOS.

CIRCO DE PRICE. Se ha puesto en escena la pantomima *Los brigantes de las montañas de Calabria*.

No somos aficionados á ver esta clase de espectáculos en Price, donde tan solo deberían ejecutarse ejercicios gimnásticos y ecuestres, especialmente los primeros.

Los brigantes es una pantomima bien presentada, pero indudablemente el público agradecería mucho más al señor empresario que en lugar de emplear el tiempo en su desempeño, trabajaran gimnastas tan acreditados como la familia Hogini, Balaguer y sus hijos y el Sr. Canadas.

CAMPOS ELISEOS. La corrida del 6 del actual, fué indudablemente una de las que más dió lugar á que se lucieran los aficionados.

El primero recibió la muerte por José Galindo de una estocada mediana.

El segundo aguantó un par de banderillas de fuego y murió de una buena de Prieto.

En el tercero se lució el banderillero Santos Lopez (*Pulquita*), poniendo un par con mucho valor y maestría. Galindo tuvo una cogida, pero el intrépido aficionado, sin inmutarse por esto, se ciñó la capa á la cintura para cubrirse la rotura que le hizo el toro en el vestido, y le hizo morder el polvo de una segura estocada.

El cuarto le valió á Prieto merecidos aplausos al darle la muerte.

La totalidad de la corrida fué buena.

CHARADA.

Cuando tercera y cuarta aun no tenía
prima y tercera fué de un regimiento,
y ya en mi joven corazón latía
del santo amor el puro sentimiento.

El cariño que á Laura profesaba,
me cegó los sentidos de tal modo
que solo en ella y en su amor pensaba
y de deberes me olvidé y de todo.

A un amigo conté que huir pensaba
con Laura, objeto de mi amor ardiente,
¡Inocente de mí, no imaginaba
que un dos con cuarta me tendió inclemente.

Préndeme al realizar mi idealismo,
porque un amigo vil me ha delatado,
y sin poderme dar cuentas á mí mismo
en mi todo me encuentro maniatado.

MANUELA MORALES.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

OFELIA.

POR QUIROS IMPRESOR.—ADADES, 10.